

E S T U D I O S

Ocio y cultura

INTRODUCCION

La aguda contradicción existente entre las planificaciones socio-económicas del tiempo libre y la falta de un pensamiento coherente y explicativo que dé razón de lo que ya puede considerarse en nuestras sociedades evolucionadas como una "realidad familiar", es harto evidente¹. Mientras las naciones de economía más pujante están viviendo una considerable reducción de la jornada laboral, reducción que oscila de un 20 % a un 40 % según el sector de producción que se tome en consideración², existe una subestimación teórica del tiempo libre que corre el riesgo de engendrar sistemas de pensamiento privados, desde su nacimiento, de un aspecto fundamental de la vida actual.

Hablando del tiempo libre nos dice Dumazedier, uno de sus teóricos más reputados: "Descubierto en su amplitud, en su estructura compleja, en sus relaciones con los otros aspectos de nuestra civilización maquinista y democrática, el ocio no es en absoluto un problema menor, especie de "varios" sin importancia, colocado al final del inventario de los grandes problemas, si se tiene aún sitio o dinero para ocuparse de él... Aparece en el corazón de la cultura vivida por millones de trabajadores, está ligado por relaciones sutiles y profundas con todos los grandes problemas del trabajo, de la familia o de la política, que bajo su influencia se plantean en otros términos"³.

Con todo, y antes de seguir adelante, conviene ya evitar dos

¹ *¿Hacia una civilización del ocio?*, p. 17.

² FRANCESCO VIRO: *El progreso económico y el aumento del tiempo libre del trabajador*. XXXII Semana Italiana de Estudios Sociales, Roma, 1960, p. 34.

³ J. DUMAZEDIER: *Realidades del Ocio e Ideologías*, en *Ocio y sociedad de clases*, p. 10.

escollos que suelen presentarse ante toda consideración teórica en torno al tema que nos ocupa. Se trata de dos posturas condicionadas por toda la carga emotiva de los términos y que introducen, en principio, dos actitudes parciales: infravaloración y supervaloración del tiempo libre. La primera subestima el alcance de esta nueva y creciente realidad, la considera como algo esporádico, fruto del cansancio ante la compulsión consumista que el aumento de la producción ha impuesto a las modernas sociedades desde principios de siglo. La valoración del tiempo libre, considerada desde la óptica de una moral basada en el trabajo penoso y esforzado, aparece como un signo evidente del declive y de la falta de laboriosidad de los tiempos que corren. En cierto sentido, se admite incluso que el aumento del nivel de vida y el ingreso de todas las clases sociales en el mundo "mágico" del consumo han repercutido en un relajamiento de las costumbres. Sin embargo, no debemos dejar de constatar que la actitud que el hombre medio adopta ante la realidad de "su" tiempo libre es sumamente ambivalente. El deseo de descanso, de diversiones y, en el mejor de los casos, de espacio para dedicarlo a la vida familiar y a la elevación de su cultura alterna con el miedo a no tener nada que hacer, a la distracción vacía y sin sentido, al tedio y al enfrentamiento consigo mismo en el plano de una soledad que le asusta o, cuando menos, le desconcierta.

Contrariamente, la segunda actitud ante la realidad del ocio considera a éste como un valor superior incluso al del trabajo. El aumento del tiempo libre será una de las realidades que en el año dos mil influirá de una forma decisiva en la nueva visión que el hombre tenga de sí mismo y de la sociedad. Se ha apuntado incluso que el tiempo libre sitúa al hombre ante las puertas de un nuevo humanismo revitalizando el sentido de los juegos como una manifestación de la espontaneidad y de la libertad personal. Desde esta dimensión, Roger Caillois pretende ofrecer un diagnóstico de una civilización a partir de sus actividades lúdicas, que serían los mejores factores y manifestaciones de su cultura⁴. Incluso las ocupaciones más serias de los hombres habrían de ser interpretadas como una mimesis de su modelo lúdico. No nos ha, pues, de extrañar que la psicología haya valorado el mundo del juego, considerándolo como un campo propicio para observar y comprender otros niveles superiores de la actividad humana. Resulta sintomático observar que, desde un enfoque científico, incluso las normas morales son consideradas como una especie de "metajuego"⁵.

Esta duplicidad de actitudes extremas puede servirnos para

⁴ *Teoría de los juegos*, pp. 88-96.

⁵ D. WRIGHT: *The Psychology of Moral Behaviour*, p. 13. Penguin Books, Londres, 1971.

constatar una de las principales dificultades con las que se ha de enfrentar todo estudio objetivo y científico sobre el tiempo libre: su realidad compleja y ambigua, la multiplicidad de variables que intervienen en el proceso. En gran parte por el hecho de esta misma complejidad, no disponemos todavía de una sistematización general de la sociología del tiempo libre, debiéndonos contentar con unos datos superficiales y fragmentarios y con unas teorías demasiado idealistas y utópicas. Dumazedier, que durante muchos años ha estado investigando en este campo, no duda en afirmar que, hoy por hoy, "la sociología general del ocio está en mantillas y que, por lo tanto, antes de filosofar y de lanzar hipótesis, hemos de situarnos ante el hecho con singular prudencia"⁶.

A pesar de que en nuestros días está de moda resaltar los aspectos negativos del progreso industrial que recortan o imposibilitan la formación integral del hombre en todos sus planos y ponen en entredicho los viejos ideales humanistas esbozados desde el Renacimiento, hemos de reconocer que una de sus principales aportaciones ha sido el nacimiento y la extensión universal del tiempo libre y, consiguientemente, el disfrute del mismo por parte del hombre. Se trata de una extensión tanto del objeto (aumento del tiempo libre) como de los sujetos (aumento del número de personas que lo disfrutan). No podemos, empero, dejar de constatar que, desde la perspectiva del objeto, se ha operado también un cambio cualitativo: no sólo existe un mayor espacio de tiempo libre que en épocas pretéritas, sino también unos mejores y más abundantes medios de aprovechamiento del mismo. Y desde la perspectiva de los sujetos que lo viven, un acceso casi masificado, aun cuando el grado de participación es todavía desigual según las variables que consideremos (edad, sexo, profesión, clase social, región, zona urbana, etc.), caracteriza a este fenómeno de nuestros tiempos.

Hacia la década de los cincuenta (y en Europa hacia la década de los sesenta), el tema empieza a ser abordado con una metodología científica, aunque "excitando la imaginación de optimistas y pesimistas que afirman hechos contradictorios sin preocuparse demasiado de su verificación"⁷. Según E. Weber, los pioneros de estos estudios son Veblen y Riesman⁸, si bien el primer manifiesto en favor del ocio de los trabajadores fue escrito por Paul Lafargue en la Francia de 1883, publicándose con el título siguiente: "El derecho a la pereza". En nuestro país ya se ha empezado a tomar conciencia de la necesidad de su estudio y, tras la traducción de los principales libros extranjeros que se han escrito sobre el tema, la prensa, las revistas espe-

⁶ *¿Hacia una civilización del ocio?*, p. 18.

⁷ *Ibid.*, p. 10.

⁸ *El problema del tiempo libre*, p. 21.

cializadas y la investigación universitaria se están haciendo eco de sus problemas más urgentes e importantes. El Instituto de Opinión pública ha llevado a cabo numerosos trabajos de investigación cuyos resultados ya han sido dados a la luz pública. Los informes sociológicos sobre España de la Fundación del Fomento de Estudios Sociales y de Sociología Aplicada (FOESSA) pueden ser citados como las investigaciones más completas y recientes que se han llevado a cabo en nuestro país.

La necesidad de que todos los sectores de la sociedad tomen conciencia del problema, de construir una sociología unificada, de preparar y evitar ciertos errores que podrían perpetuarse en el futuro sitúa, pues, al tiempo libre a la altura de las cuestiones más urgentes de nuestra época. Es evidente que la sociología del ocio plantea problemas que deben ser tratados en otros sectores especializados de la sociología (sociología del trabajo, de la industria, de la familia, de la educación, de la religión, del turismo, de los medios de comunicación de masas, de la cultura, etcétera), pero igualmente su interés afecta al campo de muchas otras ciencias que, como la Psicología y la Pedagogía, tienen mucho que decir.

Es evidente que hoy en día ya no puede ser considerado el trabajo como lo hacía la moral puritana y como ha resaltado Max Weber en su obra "La ética protestante y el espíritu del capitalismo", en el sentido de ser el factor fundamental y exclusivo del desarrollo humano, máxime en una época en que el tiempo libre se valoriza como un marco posible de realización personal. El ocio ha asaltado al hombre y se inscribe en su vida como uno de los fenómenos modernos más sorprendentes. Por ello dice Dumazedier que la mayoría de los sistemas explicativos de nuestro tiempo, nacidos del siglo pasado, se ven desarmados ante el conjunto de fenómenos expansivos que el ocio encierra: muchos filósofos del trabajo estudian aún el ocio como un "complemento" o "compensación" del trabajo; los especialistas del consumo lo consideran como elemento de la partida de "varios" en orden a completar las otras partidas de "alimentación", "vestido", "vivienda", "salud", etc.; y los especialistas de la familia apenas pronuncian su nombre⁹.

Por todo ello, habremos de admitir la necesidad de afrontar los hechos nuevos con esquemas también nuevos. Los patrones y los medios anacrónicos no sirven para captar la problemática actual del tiempo libre. Esta misma llamada a la toma de conciencia sobre la importancia del ocio en nuestro país la hizo González Seara al admitir que se estaba muy lejos de la atención que requiere este problema desde el punto científico y experimental. "Nuestros estudiosos del derecho del trabajo —es-

⁹ *¿Hacia una civilización del ocio?*, p. 236.

cribe¹⁰—, lo mismo que los de las ciencias sociales, no deben ver en el ocio una cuestión secundaria a investigar, sino partir de la realidad que nuestra época impone: la de que el ocio, por su función y significado, requiere tanta atención como el trabajo mismo”.

Dumazedier ha sintetizado en cuatro cuestiones la problemática fundamental que debería ser resuelta en relación con la temática del tiempo libre: 1.^a “¿Por qué y cómo afirmar el derecho al ocio como un aspecto nuevo de la felicidad contra la supervivencia de anteriores moralismos del trabajo, de la familia, de la política o de la religión?”. 2.^a “¿Por qué y cómo reducir los impedimentos (horarios y género de trabajo, género de habitación o distancia de trayectos) que limitan las posibilidades de ocio en los países y medios más desfavorecidos?”. 3.^a “¿Por qué y cómo evitar que los valores del ocio no vayan en contra de los valores auténticos de obligaciones familiares, escolares, profesionales, sindicales, políticas o espirituales?”. 4.^a “¿Por qué y cómo favorecer en el ocio un equilibrio entre el disfrute y el esfuerzo, entre la evasión y la participación, la diversión y la alta cultura?”.

Responder a estas cuestiones reviste una extraordinaria urgencia, como ha podido defender E. Weber tras comprobar el resultado de una encuesta en la que se trataba de detectar la importancia que el hombre medio concede a esta problemática. Junto a ello, G. Friedmann ha afirmado que la producción, el tiempo libre y las diversiones, con su extensión creciente, representan un problema cada vez más complicado y que resultará decisivo a la hora de determinar la dimensión humana de la civilización técnica del futuro. Programar el tiempo libre, ha escrito Maritain, constituye una de las cuestiones básicas del mañana, y H. Shelsky¹¹ ha podido afirmar que “las cuestiones del tiempo libre se están convirtiendo en el problema de la estructura posiblemente más esencial de la sociedad futura”. El ocio, según lo ha visto J. M. Domenach, puede ser un medio poderoso para que las actitudes se aproximen, las clases se mezclen y el mundo se unifique. A través del tiempo libre se delimita y perfila lo que se ha dado en llamar cultura de masas.

No sólo la Sociología, en sus diversos campos, la Economía y la Política se han empezado a preocupar ante el fenómeno del tiempo libre, sino que también ha sido abordado el tema, por las implicaciones que encierra, por la Psicología y por la Medicina. La investigación del psicólogo, ha venido a decir Feld-

¹⁰ *El ocio en la sociedad de masas*. Rev. del Trabajo, 2, 1963, p. 264.

¹¹ Citado en la obra de E. WEBER: *El problema del tiempo libre, estudio antropológico y pedagógico*. Introd. p. XII. Esta obra de consulta está provista de una abundante y escogida bibliografía sobre el tema.

heim¹³; versará posiblemente sobre la parte del tiempo que conviene reservar a las diversas actividades del ocio para asegurar el equilibrio físico y mental del hombre de la sociedad del mañana e incluso sobre los factores psico-sociológicos del condicionamiento del ocio: factores históricos, tradicionales, sociales, profesionales, etc. Y entre las funciones que debieran tener las actividades del ocio están el favorecer el descanso muscular, la evolución y el desarrollo psicosomático y el fomento de la comunicación interhumana. El hombre, como reacción ante una actividad laboral programada, experimenta la necesidad de elegir libremente la dedicación de su tiempo, por encima de las incursiones de la sociedad de consumo que pretende crear nuevas necesidades y ofrecer inéditas perspectivas a vislumbrar en sus momentos de ociosidad. El automatismo y la despersonalización de determinados sectores laborales pretende así ampliarse al campo de la diversión y del descanso.

Por otra parte, nos podríamos preguntar si el hombre de hoy está interesado en poder contar con más tiempo libre, si no tratará de evadirse de él recurriendo al pluriempleo con vistas a obtener mayores ganancias, que, a su vez, le ofrezcan nuevas posibilidades de consumo. Encerrado en la rueda infernal de producción-consumo cada vez de una forma más intensa y compulsiva, el hombre ha llegado a temer más que nada el disponer de un tiempo en el que no consiga ninguna rentabilidad. La huida de la soledad, el temor a ser diferente, a no hacer lo que otros hacen, a no divertirse como otros se divierten, a ser una pieza desajustada dentro de una máquina que marcha uniformemente y que arroja fuera de sí todo lo anormal y extraño son las manifestaciones más características de lo que podríamos llamar, parafraseando a Fromm, el miedo al tiempo libre. Como ha destacado González Seara, "en nuestra época, el tiempo libre es una conquista universal de la sociedad desarrollada, aunque dicha realidad diste mucho de las visiones optimistas que suelen ofrecérsenos. El desarrollo de la técnica, con sus repercusiones inmediatas sobre la productividad, ha permitido la reducción de la jornada de trabajo y, por consiguiente, la existencia de tiempo libre. Pero la sociedad industrial presenta unas peculiaridades características que originan situaciones nuevas, y estas situaciones, con frecuencia, hacen fallar los pronósticos sobre el futuro del ocio. El tiempo libre no sólo debe considerarse en función del progreso técnico, sino de otra serie de variables fundamentales".

¹³ *Problemas actuales de la sociología del ocio, en La civilización del ocio, páginas 210-211.*

1) EL PROBLEMA DEL OCIO A LO LARGO DE LA HISTORIA DE LA CULTURA OCCIDENTAL

B) *Antigüedad clásica*

Si el tratamiento de cualquier problema actual debe ir precedido de una visión histórica adecuada que nos ponga en situación de comprender el alcance de sus antecedentes y significados, ello se hace especialmente necesario respecto al tema del tiempo libre, por dos razones que estimamos fundamentales: Primera, porque el tratamiento de los problemas actuales que el ocio y el tiempo libre plantean estará necesariamente en función de una axiología y esta axiología está condicionada por los avatares históricos, tanto en el plano de los cambios socio-económicos como en el de las ideas filosóficas y religiosas. El valor concedido al trabajo y al ocio dentro de las diferentes etapas históricas que ha ido atravesando la cultura occidental, nos dará una explicación del enmarque axiológico actual en torno a estos conceptos. Segunda, porque la sociedad actual es el fruto de la evolución de innumerables factores y no podríamos explicarla sin apelar a su génesis y desarrollo. El planteamiento de los problemas futuros en torno al ocio y al tiempo libre no podría hacerse sin un conocimiento del pasado. Sólo desde esta base cabe la predicción a nivel teórico y el progreso del hombre a nivel práctico. Como se ha dicho en ocasiones, "quien no conoce la historia está obligado a repetirla". Somos conscientes de que esta visión histórica no puede ser completa ni exhaustiva. Tampoco lo pretendemos. Bastará con recoger los hitos más importantes y traer a colación las visiones particulares de aquellos autores que reflejaron en sus escritos la situación socio-económica de su época en relación con el ideal que su propia cultura les ofrecía.

Como ha destacado Sebastián de Grazia, "el estado de alimentarse con amor y canción se convierte en un estado filosófico. De esta manera se halló el ocio. El descubrimiento tuvo lugar en el mundo mediterráneo algún tiempo después de que la civilización creto-micénica acabara catastróficamente. El ocio no había existido nunca, y posteriormente existe en muy escasa medida"¹³. En principio, pues, las duras condiciones de vida determinadas por un medio ambiente hostil y por escasas posibilidades de defensa frente a él, explican que en las culturas más primitivas se valorara el trabajo y se condenara el ocio. "Clase ociosa", en la antigua China, significaba "clase perezosa". Sin embargo, hemos de pensar que el concepto de trabajo era mucho más amplio en la antigüedad de lo que en la actualidad pu-

¹³ *Tiempo, trabajo y ocio*, p. 14.

diéramos creer desde nuestro marco cultural. Toda actividad con un fin era un trabajo y la contemplación o el ascetismo religioso eran algunos de entre numerosos tipos de actividad. A causa de ello, resultaría sumamente sorprendente, con el concepto que hoy tenemos de tiempo libre, que pudiéramos comprender que el ocio es uno de los fundamentos de la cultura occidental. Esto no hubiera sido posible si el griego y el romano no hubieran sabido “emplear bien” su tiempo libre. Trabajo fueron las luchas de los héroes homéricos y trabajo fue la contemplación aristotélica. Sin embargo, Hesíodo nos hablará del heroísmo que comporta la lucha silenciosa y tenaz del trabajador frente a la tierra y los elementos naturales. Como ha señalado Jaeger¹⁴, “los trabajos y los días” vienen a ser la fuente remota del valor del trabajo en nuestra cultura. Sin embargo, en la cultura griega cada vez se fue valorando más lo que podríamos llamar “el ocio intelectual”. Es en este sentido en el que Aristóteles constata: “Al multiplicarse las artes y resultar aplicables unas a la esfera de lo necesario y otras a la de lo deleitoso y agradable, los inventores de que hemos hablado siguieron siendo considerados superiores a los demás porque sus ciencias no iban encaminadas ni a los placeres de la vida ni a atender sus necesidades. Estos estudios vieron su luz primera en aquellos lugares en que los hombres podían dedicarse al ocio”¹⁵.

El término griego “σχολή” significaba “tiempo libre”, “descanso”, “vacación”, “ocio”, “paz”, “tranquilidad”, “estudio”, “escuela” e incluso algo negativo, como “lentitud”, “pereza”, “inactividad”, “dilación”. La importancia de la “escuela” en el desarrollo de la cultura clásica es totalmente innegable. La escuela no es el sitio donde se va a trabajar, a realizar una labor penosa, sino un lugar de descanso, en el que se conversa y discute con objeto de aprender. Tener “σχολή” era tener tiempo disponible para dedicarlo a estudiar y a aprender. Por esta causa, el mundo de los ciudadanos libres no es el mundo de la pereza y de la improductividad. Gripdonck ha destacado muy bien que la diferencia entre la clase ociosa y la clase trabajadora no es la misma que existe entre el reposo y la labor penosa. “Las ocupaciones desinteresadas exigen muchas veces más esfuerzo que la tarea cotidiana. Expresado en términos actuales, esta distinción podría aplicarse al trabajo productivo comparado con la cultura física e intelectual”¹⁶. Esta observación la encontramos confirmada en Aristóteles al afirmar que el tiempo libre, si se malgasta, deja de ser ocio, contraponiendo la vida “de ocio” a la vida “de acción”, pues por “acción” se entiende todo lo que se dirige a un fin determinado (el trabajo), mientras que el

¹⁴ *Paideia*, p. 67.

¹⁵ *Metafísica*, I, I, c.1. Ed. Aguilar, Madrid, 1964.

¹⁶ *Resumen histórico de la utilización del ocio*, en *La civilización del ocio*, p. 84.

“ocio”, aun siendo “activo”, no tiene una actividad “muy visible”: es la búsqueda del conocimiento por el conocimiento.

Conviene puntualizar que el griego disponía de una serie de términos para designar lo que modernamente entendemos por trabajo: uno era “πόνος” (trabajo penoso, difícil); otro, “ασχολία” (no-ocio, ocupación, labor diaria). Aristóteles dice así que “estamos no ociosos para tener ocio”¹⁷, esto es, para alcanzar aquel estado que resulta necesario para la plena realización del hombre. “Hoy en día, la mayoría practica la música por placer, mientras que los antiguos la clasificaban bajo la educación, porque la misma naturaleza exige que no sólo sepamos trabajar bien, sino que también estemos ociosos como es debido”¹⁸. “Cansarse y trabajar para divertirse parece tonto y profundamente infantil”¹⁹. La felicidad sólo puede encontrarse en el ocio. Como ha indicado Newman, interpretando a Aristóteles, el ocio significaba, pues, estar ocupado en algo deseable en sí; es decir, escuchar buena música y buena poesía, hablar con amigos elegidos y, sobre todo, ejercer, en soledad o en compañía, las facultades intelectuales. Una de las causas de la decadencia de Esparta era considerada por Aristóteles desde esta perspectiva que apuntamos: “Los espartanos fueron fuertes mientras estuvieron en guerra, pero, tan pronto como adquirieron un imperio, se vinieron abajo. No sabían emplear el ocio que trajo consigo la paz”.

A través de las obras de Platón, Aristóteles y Epicuro, el ideal de un ocio bien empleado fue también desarrollado por los romanos. El término “otium” (“ocio”, “descanso”, “apartamiento de los negocios públicos”, “tiempo libre consagrado preferentemente a las letras”, “paz”, “sosiego”, “tranquilidad”) perdió en gran parte el carácter “escolar” que tenía el vocablo griego. Séneca, siguiendo a Aristóteles y a Epicuro, entiende el ocio como “contemplación”, afirmando que los únicos hombres ociosos son los que dedican su tiempo a la filosofía. Sin embargo, como destaca De Grazia²⁰, en Séneca confluye el pensamiento griego y el romano. En un pueblo de carácter práctico, como el romano, el trabajo va a ser cada vez más valorado y en el latín tardío aparece un nuevo término, “otiositas”, con el que se designa la omisión de actividad, el tiempo malgastado. La única nobleza y distinción entre los hombres, nos dirá Séneca, es la que proviene de su ingenio y su trabajo. Si el sabio no se distingue en su exterior del común de los hombres, procura no parecerse a ellos en su interior²¹. Y Cicerón, que representa a la mayoría de los

¹⁷ *Ética a Nicómaco*, I, X, c. 7, 1177 b. En la edición del Instituto de Estudios Políticos.

¹⁸ *Política*, I, V (VIII), c. 3, 1337 b, en la misma edición anterior.

¹⁹ *Ética a Nicómaco*, X, 1776 b.

²⁰ *Tiempo, trabajo y ocio*, p. 12.

²¹ *Epístolas morales a Lucilio*, p. 5.

autores clásicos latinos, desarrolla la idea de la alternancia del "otium" y el "negotium": se descansa en la vejez, como retribución merecida después de la actividad desempeñada en el comercio, en las armas o en la política. El descanso es la recompensa de una vida activa.

El valor de la acción, justificado desde una cultura que, como la latina, exalta la actividad de la profesión castrense, va perdiendo sentido en el momento de la decadencia romana. La influencia del pensamiento oriental introduce una inclinación al nihilismo, a la despreocupación por los problemas de esta vida. Roma se abre así a las religiones orientales y, más concretamente, a una que va a introducir una visión nueva en el rumbo de la cultura occidental: el Cristianismo.

B) *El Cristianismo*

El trabajo, tal y como actualmente lo realizan los hombres, era considerado por los autores inspirados que escribieron la Biblia como una maldición divina, o, al menos, así se consideraba en las interpretaciones clásicas que dominaron una gran parte de la historia de la exégesis de los textos sagrados. No olvidemos, sin embargo, que Dios puso a Adán en el jardín del Edén "para que lo cultivara y guardase"²². Tras la caída de nuestros primeros padres, el mundo se convirtió en un lugar de trabajo penoso. La unidad e igualdad de todos los hombres se determina no sólo por la filiación divina y por la participación en los efectos de la Redención, sino también por la obligación del trabajo. El mismo Dios "trabajó" para crear el mundo, por lo que la acción humana frente a la naturaleza es una auténtica "re-creación", una participación del hombre en los planes del Creador. Trabajar puede significar "dar forma", como Dios dio forma o formó la tierra, y dar forma requiere un descanso, como el que Dios "necesitó" después de las tareas que se había confiado a sí mismo. La idea de que un Dios "creador" implica una degradación del mismo no es, sin embargo, judía, sino griega: es la idea platónica del demiurgo, dios constructor, inferior a las Ideas. Temiendo esta minusvaloración, los neoplatónicos cristianos entendieron la creación del mundo como un despliegue de la esencia misma de Dios en el que Dios se autocreaba al crear el mundo.

Estas ideas eran extrañas a la mentalidad del pueblo judío, en cuyo marco cultural se escribió el Antiguo Testamento. El pueblo judío es un pueblo paciente y laborioso y sus ideales se encuentran muy alejados del concepto de contemplación griego. Zubiri ha distinguido muy bien el concepto de sabiduría griega

²² Génesis, 2, 15.

del judaico. Sabiduría, para el griego, significa contemplación. Para el judío, en cambio, significa "sabiduría aplicada", esto es, "justicia". Cuando Dios concede a Salomón el "don de sabiduría" significa que le da la "capacidad para administrar justicia con rectitud e inteligencia". Esta interpretación coincide con la moderna exégesis de Fromm, según la cual la idolatría, uno de los peores pecados para el pueblo judío, no significa otra cosa que poner la obra por encima de su creador. Ello no se podría comprender sino desde una axiología del trabajo. La idolatría es condenada porque no toma en cuenta el valor del trabajador que crea el ídolo. En vez de considerar al hombre como creador de la obra, coloca a ésta por encima de los poderes del hombre. La expulsión del paraíso no supone el castigo del trabajo y la pérdida de un ocio idílico, sino la condena al trabajo duro e improductivo: el hombre cultivará la tierra y ésta "le dará espinas y abrojos". Ante esta situación no cabe sino la esperanza en la llegada del Mesías, y aun esta espera no significa pasividad. "El tiempo mesiánico no llega por un acto de gracia o por un impulso innato en el hombre hacia la perfección. Llega por la fuerza generada por la dicotomía existencial del hombre: la de ser una parte de la naturaleza pero trascender la naturaleza animal. Esta dicotomía crea conflicto y sufrimiento, y el hombre es llevado a encontrar siempre soluciones nuevas para este conflicto, hasta que lo resuelve haciéndose plenamente humano u obteniendo la reparación"²³.

La influencia de ciertas doctrinas orientales en la doctrina de Cristo (y especialmente la de los esenios) contribuyó no poco a una valoración del ocio. Esta valoración fue confirmada ulteriormente al ponerse en contacto la predicación evangélica con el concepto de contemplación griego, justificando así la contemplación de Dios que lleva a cabo el eremita en el silencio del desierto. El ocio no es un valor en sí mismo, sino un medio de estar más libre y despreocupado de las cosas materiales para poder entregarse en brazos de Dios por medio de la oración y la contemplación. Entre Marta y María, es la segunda la "que ha elegido la mejor parte". Los hombres que siguen a Jesús dejan sus redes, sus monedas e incluso su familia, para escuchar las consideraciones que el Maestro hace en torno a las aves del cielo. Estas "no siembran, tampoco siegan ni reúnen la cosecha en granjas; sin embargo, el Padre Celestial las alimenta"²⁴.

Estas ideas llevaron a los primeros cristianos a creer que el hombre no debe malgastar el tiempo trabajando, planeando para el futuro. El auténtico "negocio" no es otro sino la salva-

²³ E. FROMM: *Y seréis como dioses*, p. 112.

²⁴ Mateo, VI, 28.

ción del alma, la búsqueda del Reino de Dios, ya que lo demás "se dará por añadidura". Sin embargo, nadie que añalice con objetividad la vida de Cristo puede sacar la conclusión de que fue una persona inactiva. Lo que se valora no es el ocio, la desocupación: se introduce una visión nueva del trabajo y de la actividad: la predicación del Reino de Dios. Esta labor ha de ser incansable. La predicación ha de ser constante, "oportuna e inoportuna", como dirá San Pablo. Del mismo Cristo se afirma que "pasó por el mundo haciendo bien". La inactividad y las preocupaciones "espiritualistas" son, empero, elementos extraños al carácter judío, o, como diría Dodds, hablando de la cultura griega, "una gota de sangre extranjera que corre por sus venas".

El valor del trabajo en el contexto del Cristianismo ha sido resaltado modernamente en respuesta a las inobjetivas críticas de Marx, sólo justificables respecto a determinadas épocas históricas. Como ha indicado acertadamente González Ruiz, "el gran pecado que nosotros, los occidentales, alimentados por la filosofía clásica de la pura evasión y del puro espíritu, hemos cometido contra el mensaje bíblico está en haber introducido la discontinuidad entre el más acá y el más allá y haber separado lo que Dios había creado uno e indisoluble"²⁵. La contemplación se convierte en una búsqueda específica de la verdad religiosa. El Cristianismo recoge la antorcha socrática de la vida concebida como actividad intelectual, aunque dándole un nuevo sentido. La verdad que San Agustín, por ejemplo, busca es una verdad religiosa, o, mejor, la Verdad. Tener a Dios es "tener la Verdad" y ésta se alcanza no "saliendo fuera", sino por un proceso de interiorización, labor larga y penosa que presagia las angustias de la mística. La contemplación es la actividad superior, el "trabajo" por excelencia. En resumen, digamos con Hicter que "la posición de los teólogos cristianos, confirmada por las recientes encíclicas, ha alternado regularmente la idea de la grandeza del trabajo con la idea del trabajo como castigo a causa del pecado original. Mucho se ha dicho sobre cuál era realmente la suerte de Adán y Eva en el paraíso terrenal: el hombre, y esto es primordial, habiendo sido creado a imagen y semejanza de Dios, semejanza por la inteligencia y la libertad, por el poder y soberano dominio ejercido sobre la creación, no estaba en el paraíso terrenal en estado de ociosidad; Adán tenía la misión de expresar la semejanza del hombre con Dios por una semejanza en la virtud creadora y el poder sobre el mundo"²⁶.

La idea de que "no será fuera del trabajo, sino en el trabajo,

²⁵ *Marxismo y cristianismo*. Guadarrama, Madrid, 1962, p. 8.

²⁶ *Una civilización en la libertad*, en *La civilización del octo*, pp. 109-110.

donde el hombre se formará y liberará” ha de ser, sin embargo, comprendida como una reacción que el Cristianismo supuso frente a la concepción materialista defendida por las escuelas eudaimonistas y hedonistas que se extendieron a partir del siglo tercero. Dichas escuelas derivaron abiertamente hacia una concepción puramente materialista del placer, basada en una gnoseología sensista y en una metafísica materialista negadora de la inmortalidad del alma. Frente a ello, el Cristianismo afirmaba que “la creación gime con dolores de parto” y que “el hombre riega los campos con el sudor de su frente”: trabajo, descanso y vuelta al trabajo es el ciclo de la actividad humana. El hombre trabaja de sol a sol seis días y el séptimo, recogiendo la idea judaica comentada por Fromm²⁷, descansa para rendir culto a Dios, reparar sus fuerzas y festejarse a sí mismo. La Iglesia, por su parte, añade nuevos días de culto, descanso y fiesta, a medida que va creciendo el reconocimiento de los dogmas y el santoral cristiano. Mientras tanto, el ocio pierde su sentido clásico y se hace sinónimo de ociosidad, como fuente de todos los vicios.

C) *Edad Media*

Como ha subrayado De Grazia²⁸, en la Edad Media el mundo vuelve a las condiciones rurales y las ciudades desaparecen o quedan reducidas. La vida se hace precaria a causa de los constantes conflictos fronterizos. No sólo los hombres, sino también las mujeres y los niños han de participar en duras labores. Los monasterios juegan un importante papel. La Regla de San Benito obliga a los monjes a ocupar cierto número de horas en trabajos manuales distribuyéndolas con otras dedicadas a la lectura de los textos sagrados. “Imaginemos, si es posible, una Europa sin la autoridad política central de una Iglesia mejor organizada que el Estado, con una filosofía agustiniana que hace del Estado un compañero menor, con un espíritu de cristiandad movilizadado en una jerarquía de activos obispos. Piénsese también en las vastas áreas rurales en que romanos y celtas se mezclaban con los recién llegados germanos. Esta fue la primera zona de conversión de paganos. Una vez ganados los campesinos, el campo siguiente (Irlanda, Inglaterra, Escocia, Islandia, Alemania y Escandinavia) estaba dispuesto para empezar los intentos. Las gentes de estas tierras eran hostiles y brutales y la vida era difícil (en especial para aquellos que recordaban la Roma imperial). Los campesinos, aunque quizás no fueran menos inteligentes que en otros lugares, no tenía oídos para las notas de la literatura clásica, ni para una teología erudita, ni

²⁷ Véase el capítulo que dedica FROMM a ello en *El lenguaje Olvidado*.

²⁸ *Tiempo, trabajo y ocio*, pp. 25-26.

mucho menos para las posibles delicias de la vida del ocio, según Aristóteles”²⁹.

Esta situación produce una nueva concepción del trabajo que resulta fundamental considerar aquí. El trabajo, incluso el trabajo manual, es bueno para el alma. Los monjes tuvieron que probar su superioridad respecto a las gentes del lugar en todas aquellas partes donde empezaba a alzarse la cruz de los monasterios y ello no podía hacerse sino compartiendo con ellas los duros trabajos que imponía la precaria situación y esgrimiendo la espada para defenderse de los numerosos enemigos. El trabajo es un elemento de purificación y de ayuda caritativa a los demás. Al comprender que el Reino de Dios no venía tan rápidamente como los primeros cristianos habían creído, se hizo necesaria la organización de la cristiandad en la tierra. San Agustín consideraba que el mejor trabajo era el que menos distraía: trabajos manuales, labranza, pequeños negocios. Los grandes negocios o los trabajos que exigen mucha atención restan tiempo para dedicarlo a Dios. Lo ideal era el trabajo que permitía conservar la mente libre para poder rezar o entretenerse con pensamientos piadosos durante su realización. Los tipos evangélicos de Marta y María son los dos tipos de vida, activa y contemplativa, que se ofrecían al hombre medieval. Y, mientras en la acción se incluye toda la escala de actividades propiamente humanas (los oficios manuales) o religiosas (el oficio divino y el apostolado), en la contemplación sólo se da cabida a los estudios de la verdad, tanto humana (filosofía) como divina (teología). Estos dos modos de vida no son, sin embargo, impermeables entre sí y existe la posibilidad de conjuntarlos constituyendo la vida mixta de acción-contemplación una forma superior de vida.

El mundo unitario de la Edad Media supo dar de este modo una orientación común de pensamiento y acción al problema de las relaciones entre el trabajo y el descanso. A la concepción del trabajo como castigo del pecado se une la idea del trabajo como desarrollo personal, patente en la labor artesanal de la incipiente burguesía. Los gremios, en su misma constitución de aprendiz, oficial y maestro, significaron un poderoso incentivo para el trabajo personal, pues su último grado sólo podía ser alcanzado mediante la “obra maestra”, verdadero honor y culto a las habilidades y destrezas del individuo. Esta concepción recibía su perfeccionamiento religioso con el descanso dominical y con el culto que sacralizaba toda la vida social. Fiesta y juego eran el marco de expansión humana y el tiempo libre encontraba así sus formas de expresión en la riqueza de la vida comunitaria. La semana de “dos domingos” existió ya prácticamente en la

²⁹ *Ibid.*, p. 27.

Edad Media y ello fue objeto de una de las graves acusaciones que el siglo XIX lanzó contra la Iglesia, en pleno auge del mito laborista. Ya las decretales de Gregorio IX, publicadas en 1234, establecían 45 días festivos públicos que, junto a los domingos, elevaban a unos 85 los días de descanso, que cada diócesis sumaba a sus respectivas fiestas locales. La producción en pequeña escala y la ausencia de cualquier deseo de atesorar bienes económicos impedían también toda supervaloración del trabajo. Para Santo Tomás de Aquino, el placer sigue a la acción perfecta en su fin, si bien hay que distinguir entre el placer corporal de las facultades sensitivas y el placer intelectual correspondiente a las facultades intelectuales. El placer adviene con el descanso de la tendencia que ha alcanzado su fin. La razón ha de regular y jerarquizar el ímpetu del placer, por lo que la templanza se convierte en una virtud cardinal. El auténtico placer es el que sigue a la obra bien hecha (algo que actualmente ha recogido Fromm cuando en "Ética y Psicoanálisis" nos habla de la felicidad que es una consecuencia del "carácter productivo"). En Santo Tomás la unidad de placer y acción es uno de los signos de perfección humana, punto de partida de la auténtica "felicidad".

El concepto de ocio se refuerza con la visión de la cultura árabe, pueblo nómada, enriquecido con el comercio y la guerra, al que debe la cultura occidental el gran empuje experimentado a partir del siglo XIII. El árabe, que gusta del descanso merecido tras las actividades guerreras, políticas y artesanales, trae a Europa, y principalmente a España, la afición por el reposo idílico y paradisiaco vivido en jardines en donde todo (desde el rumor del agua y la fragancia de las flores hasta una arquitectura excesivamente teatral) parece preparado para satisfacción de los sentidos. A la vez, el árabe recoge la antorcha de las investigaciones helenistas y emprende una serie de estudios en la que todas las ramas del saber, desde la Medicina a la Astronomía, se perfeccionan. Su ideal de descanso sensual experimentado en contacto con la naturaleza, escuchando buena música y buena poesía, es para la Edad Media cristiana, que trae aires de ascetismo y pobreza, un soplo vivificador que presagia el esplendor del Renacimiento.

En la baja Edad Media se opera una gran renovación socio-económica. Los ciudadanos empiezan a gozar de mayores derechos. La vida en la ciudad no sólo les ofrece una mejor protección, sino también la posibilidad de intervenir más de cerca en la administración de la justicia. Los ciudadanos pueden enriquecerse beneficiándose de las ventajas que obtiene el comercio. Los bienes inmobiliarios se consolidan y el ciudadano aprende a valorar las ventajas de la enseñanza. No se les niega su libertad, mientras su prosperidad les asegura grandes ocios y su

sed de importancia les invita a hacer ostentación de signos externos de riqueza. Por otra parte, el juego penetra en la vida privada y pública. Las corporaciones dominan la vida social y los burgueses se afilian a ellas para garantizar el ejercicio de su oficio. Para descansar y divertirse fundan las salas de retórica o las corporaciones de arcabuceros. En su esencia, la situación de esta burguesía medieval se asemeja mucho a la que conoció la Grecia clásica: la utilización del ocio asegura el equilibrio del comportamiento humano, aunque en este caso el privilegio de la libertad y de la utilización del ocio está garantizado sobre una base más amplia. Sin embargo, una masa muy grande de personas, que vive del trabajo manual, continúa temiendo al hambre, al abuso de poder, a la arbitrariedad en el castigo de los delitos y al paro laboral.

D) *Edad Moderna*

Con el Renacimiento advienen dos corrientes opuestas: una utópica, desde la que, al margen de la realidad, se sueña y busca la reducción de la jornada laboral como una lícita aspiración, con Tomás Moro y Campanella entre sus ejemplos más representativos. Con todo, la ausencia del suficiente avance tecnológico, de un desarrollo socio-económico apropiado y la permanencia de unas ideas religiosas contrarias, hicieron que no prosperase ni se tomase conciencia de lo que pudo ser entonces una civilización de trabajo y tiempo libre. La segunda corriente la marca el calvinismo con su dogma teológico del éxito en el trabajo y en los negocios como signo de elección y predestinación. El individuo vuelve a enfrascarse en el trabajo, ahora casi sin descanso y sin goces extralaborales, ya que el rostro festivo del hombre no parecía compaginarse muy bien con la ascesis de la vida laboral. En los países católicos, este trabajo no sólo era entendido en relación con las artes mecánicas, sino también con las liberales. Científicos, literatos y artistas se entregan a su trabajo (entendido como vocación) buscando el éxito humano y ennobleciendo la actividad laboral.

Ello no quiere decir que se abandonara totalmente el ideal contemplativo⁸⁰, pero con la Contrarreforma el activismo y la laboriosidad son considerados virtudes capitales. El "más allá" es el mundo de la contemplación y el ocio, mientras la vida terrenal es el mundo de la actividad y del trabajo. En el trabajo reside el deber y la dignidad del hombre, pero el deber, que supone siempre un elemento de compulsión, hace que poco a poco se vaya disociando el trabajo del placer. La vida moderna queda centrada en el trabajo, como la antigua estaba polarizada en

⁸⁰ J.L.L. ARANGUREN: *La juventud europea y otros ensayos*, pp. 119-120.

el ocio y la medieval en la fiesta³¹. La cultura moderna, a causa del primer capitalismo comercial y del nuevo sentido que da a la vida espiritual el calvinismo, ha sido una cultura del trabajo³². Max Weber lo va a defender así en una de sus obras más importantes: "La ética protestante y el espíritu del capitalismo". "Lo propio y específico de la Reforma —nos dirá³³—, en contraste con la situación católica, es haber acentuado el matiz ético y aumentado la prima religiosa concedida al trabajo en el mundo, racionalizado en *profesión*". La clase ociosa ya no enarbola como bandera de distinción el ocio improductivo, sino que cifra su prestigio en un mayor y más refinado consumo de bienes; es decir, se pasa de un ocio ostensible a lo que Veblen llama "un consumo ostensible". A través del trabajo, el hombre está comprometido en una labor transformadora del mundo. Santo Tomás de Aquino había sostenido que el trabajar sobre materiales limitaba la visión de las cosas. Los florentinos, principalmente Marsilio Ficino, Cellini, al igual que Leonardo y Giordano Bruno, expresan un sentimiento distinto: el mundo existe para ser transformado; la grandeza del hombre, su divinidad, no se encierra en su capacidad de contemplación, sino en su habilidad para someter a la naturaleza y doblegarla a su voluntad.

A fines del siglo XVI, "los relojes trajeron a Europa la primera revolución industrial"³⁴. El tiempo cuenta y el trabajo adquiere un ritmo mecánico distinto del ritmo natural. La jornada laboral se prolonga a 18 horas³⁵, la competencia se transforma en lucha y la diferenciación entre patronos y obreros rompe la armonía del artesanado medieval. Como ha indicado Fromm³⁶, "el individuo debe estar activo para poder superar su sentimiento de duda y de impotencia. Este tipo de esfuerzo y de actividad no es el resultado de una fuerza íntima y de una confianza en sí mismo; es, por el contrario, una manera desesperada de evadirse de la angustia". Esta irracionalidad se produce también a nivel de consumo. Veblen nos lo indica con su peculiar claridad: "El consumo improductivo de bienes es honorable, primordialmente, como signo de proeza y prenda de la dignidad humana; de modo secundario llega a ser honorable en sí, en especial por lo que se refiere a las cosas más deseadas. El consumo de artículos alimenticios escogidos, y con frecuencia también el de artículos raros de adorno, se convierte en tabú para las mujeres y los niños; de haber una clase baja (servil) de hombres, el tabú

³¹ *Ibid.*, p. 123.

³² *Ibid.*, p. 162.

³³ *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*. Península, Barcelona, 1969, p. 91.

³⁴ *Le loistr et les loisirs*, pp. 15-16.

³⁵ *Le droit à la paresse*. Revue de l'Action Populaire, 155, 1962, pp. 113-114.

³⁶ *El miedo a la libertad*, p. 123.

rige también para los incluidos en ella”³⁷.

La corte francesa crea un nuevo estilo que es copiado por los grandes señores, los pequeños nobles, los altos funcionarios, los negociantes ricos y los grandes burgueses. El juego ya no es tanto un elemento de equilibrio con el trabajo, sino un factor de distanciamiento entre las clases sociales. La burguesía cultivada de los siglos XVII y XVIII tiene sus salones literarios, pero estas manifestaciones propias de algunos círculos muy restringidos difícilmente pueden ser consideradas parte del ocio: no se insertan entre las horas de trabajo, no son una actividad libre y pertenecen a la moda y a las obligaciones sociales. En cuanto a los juegos populares, ha apuntado Gripdonck³⁸, tienen el carácter ingenuo de juegos de niños y poseen, al mismo tiempo, las huellas de la brutalidad de los mayores. Distraen de cuando en cuando, aligeran un instante los problemas y crean durante un lapso muy corto un auténtico regocijo colectivo. Socialmente cumplen un papel psicológico parecido a las fiestas trágicas de los griegos: una especie de desahogo purificador y circunstancial.

La Revolución Francesa no aporta excesivos cambios a la concepción del ocio. El poder ha cambiado de campo; la propiedad se ha desplazado; la burguesía ha trocado su aspecto, pero no su sustancia. Las necesidades han evolucionado ligeramente, pero sus satisfacciones lo han hecho en un tono menor. “El carácter particular de la utilización del ocio, desde la antigua Grecia hasta finales del siglo XIX, se puede definir de la siguiente forma: un escaso número de personas dispone ampliamente de tiempo para desprenderse del trabajo sin tener que inquietarse con el rendimiento de sus actividades; la utilización de las horas sin trabajo no es para ellos más que una cuestión de preferencias”³⁹. A finales del siglo XVIII, Jovellanos divide el pueblo en dos clases: “una que trabaja y otra que huelga”, comprendiendo en la primera a todos los profesionales que subsisten con el producto de su trabajo diario y en la segunda a quienes viven de sus rentas a fondos seguros⁴⁰.

Sin embargo, los enciclopedistas del XVIII empiezan a preocuparse de la necesidad de descanso y diversión que experimenta la clase trabajadora. Helvetius pide la aplicación de la jornada de ocho horas y Thomas Linguet presagia ya la tesis de Marx al afirmar que “el trabajador no ha tenido parte en la abundancia cuyo trabajo es la fuente”⁴¹. Se empiezan a sentir

³⁷ *Teoría de la clase ociosa*, p. 76.

³⁸ *Resumen histórico de la utilización del ocio*, en *La civilización del ocio*, p. 89.

³⁹ *Ibid.*, p. 90.

⁴⁰ *Memoria para el arreglo... Espectáculos y diversiones* p. 63 y ss.

⁴¹ R. GUERRAND: *Le droit à la paresse*, p. 134.

los primeros efectos del trabajo embrutecedor⁴³ sobre el empleo del tiempo libre⁴⁴. Con todo, las exigencias del trabajador quedan ahogadas por la enumeración de los peligros que acechan en tiempo libre. En mayo de 1807, Napoleón escribía desde Osterode: "Cuanto más trabajen mis pueblos, menos vicios existirán. Estoy dispuesto a ordenar que los domingos los trabajadores sigan ocupando sus puestos, las tiendas estén abiertas y los obreros vuelvan a sus faenas"⁴⁴.

E) *La sociedad industrial*

Con el descubrimiento de la máquina de vapor se produce la mayor revolución industrial de la historia. El cuadro de la clase obrera durante el maquinismo alcanza aspectos increíbles. En 63 departamentos de Francia, entre 1840 y 1845, son 131.000 niños los que trabajan en fábricas donde están colocados no más de 10 obreros. Entre esos años la ley limita la duración del trabajo de los niños a 8 horas y la edad de admisión a los 8 años. A primeros de mayo de 1906, durante las huelgas americanas, se pide: 1) el descanso dominical, y 2) la legalización del sistema de los tres ochos (8 horas de trabajo, 8 de descanso y 8 de educación). En 1920 se establece, por un Convenio Internacional del Trabajo, la semana de 48 horas. En la época en que Marx enumeraba las ventajas del tiempo libre, la duración semanal del trabajo alcanzaba las 75 horas; en la actualidad es de unas 45; es decir, se ha registrado una disminución de 30 horas en los últimos cien años. De un modo genérico puede afirmarse que el problema del tiempo libre moderno se originó en Europa al convertirse los campesinos de la sociedad tradicional en obreros de la industria, al transformarse el mundo agrícola y rural en sociedad industrial y urbana. Con la revolución industrial y la corriente ideológica del liberalismo, se relega a segundo plano el sistema artesanal, nace la industria fabril y se rompen las formas de vida tradicional basadas en la jerarquía social.

"El ocio nació de una protesta contra el trabajo industrial. Nuestros padres conocían antes el descanso y las fiestas, alternados con un trabajo que, pese a ser más duro y penoso, ni desorientaba ni rompía. Fue el trabajo parcelario, urbano, es decir, el trabajo industrial del siglo XIX el que, al trastocar los enraizamientos y encuadres e inventar el proletariado y las personas marginadas, creó la necesidad de un tiempo que rompiese con la vida de trabajo"⁴⁵. Efectivamente, la expansión técnica no fue

⁴³ *Ibid.*, p. 134.

⁴⁴ Como señala Käes en su artículo: *Une conquête ouvrière. Esprit*, 6, 1959, p. 894.

⁴⁵ Citado por GUERRAND: *Ob. cit.*, p. 135.

⁴⁶ *¿Civilización del ocio?*, p. 139.

la única causa de la conquista del tiempo libre, como lo prueba el hecho de que en el siglo XIX se dio la primera revolución industrial y ello no trajo, sin embargo, una disminución de las horas de trabajo, al menos en la proporción esperada con toda justicia. Fue necesario que se diese concomitantemente la reivindicación de una de las clases que no lo disfrutaba. Esta causa de tipo social sirvió para iniciar y acelerar el proceso de adquisición de tiempo libre. Las reformas fueron llegando, aunque timidamente y no siempre cumplidas. La concepción decimonónica fue poco a poco flexibilizándose para dejar paso, además de la fiesta, al deporte como espectáculo, a la lectura y, más tarde, al disfrute de los *mass media*, aunque en reducida escala en su fase inicial. Esta experiencia trajo consigo una actitud nueva respecto a la concepción del trabajo y, sobre todo, respecto al tiempo libre, que dejaba de ser considerado como algo marginal y supletorio y se ofrecía como un tiempo con carácter de valor en sí mismo.

Otra de las grandes causas del aumento del tiempo libre actual, junto con el avance tecnológico e industrial y con las demandas del sector obrero, es la expansión económica. La posibilidad de tener menos horas de trabajo y mayor remuneración por el mismo sólo es posible en naciones superdesarrolladas y opulentas; se exige riqueza de equipos tecnológicos y riqueza justamente repartida de bienes económicos, es decir, un bienestar material, personal y social. Por ello, los pueblos que aún no han logrado ese nivel plutocrático y humano-social, han de multiplicar sus empleos remunerados si desean participar de los beneficios de la moderna sociedad de consumo.

Todas estas causas han contribuido a que el ocio pase a ocupar un lugar central en la sociedad actual. Como ha indicado Uytterhoeven⁴⁶, "el ocio, apenas existente en el siglo XIX, ha llegado a ser hoy día un verdadero problema social, paralelamente a la evolución de la producción industrial. La industrialización ha penetrado en el dominio del reposo. Entonces, las distracciones eran más simples, se reducían más a sí mismas. La economía más o menos cerrada se aplicaba igualmente al ocio". La evolución actual conduce, por el contrario, hacia mejores condiciones de vida para toda la sociedad. Contrariamente a lo que entonces ocurría, vivimos hoy la generalización del progreso, la mejoría de la vida individual de todos los días y de todas las relaciones sociales. Si nuestras estructuras sociales hubiesen sido adaptadas se podría crear hoy el complejo de condiciones necesarias para llegar a un desarrollo coherente del progreso y no sólo de nuestra ascensión material. La sociedad

⁴⁶ ¿Es la expansión económica una condición necesaria para la civilización del ocio?, en *La civilización del ocio*, p. 135.

de las necesidades vitales aumenta, en efecto, las posibilidades de desarrollo intelectual. La "vanguardia de la humanidad" desea gozar cada vez más de la vida, sobre todo de sus aspectos materiales. En este sentido, ha podido decir Marta Wolfenstein⁴⁷: "El no divertirse no es sólo un motivo de pesar, sino que implica una pérdida de autoestimación. Diversión y juego han asumido un nuevo aspecto, obligatorio. Mientras que, tradicionalmente, la satisfacción de impulsos prohibidos despertaba culpa, la falta de diversión ocasiona, actualmente, una mengua de autoestimación. Se puede uno sentir inadaptado, impotente y, también, insolicitado. Se teme más la compasión de los semejantes que, como sucedía anteriormente, la posible condenación por las autoridades morales".

En la sociedad actual, pues, el ocio se percibe como un arma de dos filos. El hecho de ser un fenómeno que se produce en una sociedad de consumo, sociedad que, por otra parte, ha producido un hombre nuevo (el consumidor insatisfecho y ávido de bienes económicos que le permitan el acceso a las mercancías consumibles), pone en peligro no sólo la recta utilización del tiempo libre, sino incluso la existencia misma de ratos de ocio. Cuando De Grazia quiso estudiar el ocio en la sociedad americana se encontró con que el trabajador americano hace una media de ocho horas diarias, seis días a la semana⁴⁸. Y Harvey Swados afirma que una jornada laboral más corta aumenta el número de individuos que se dedican a un segundo empleo⁴⁹. El dilema "tiempo libre o más bienes de consumo" parece de difícil solución. Resulta sumamente improbable que el individuo por sí solo pueda realizar aisladamente una transmutación de valores: que desprecie una mayor posibilidad de consumo ante las ventajas de un mayor disfrute de tiempo libre. Si esta inversión de valores no se hace a nivel social y es el fruto de una política internacional, no debemos esperar que se solucione el problema. La conclusión de Aron recogida por Uytterhoeven⁵⁰, sigue desgraciadamente apareciendo como un ideal inalcanzable: "Sueño con un momento en el que estando ampliamente satisfechas las necesidades fundamentales de los individuos, no nos preocuparíamos tanto de producir más como de vivir mejor, de organizar mejor las ciudades y las condiciones de existencia".

2) EL CAMBIO DE VALORES

En 1932 escribía Bertrand Russell: "Como muchos de mi ge-

⁴⁷ *The emergence of fun morality*, p. 92. Recogido por González Seara en "Tiempo libre y ocio en la ciudad", Rev. de Opinión Pública, 1, 1965, p. 34.

⁴⁸ *Tiempo libre y ocio*, p. 53.

⁴⁹ *Less Work-Less Leisure*, en *Mass Leisure*, p. 358.

⁵⁰ *Ciento ochenta días de trabajo, ciento ochenta días de ocio*, en *La civilización del ocio*, p. 150.

neración, fui educado en el espíritu del refrán 'la ociosidad es la madre de todos los vicios'. Niño profundamente virtuoso, creí siempre cuanto me dijeron y adquirí una conciencia que me ha mantenido trabajando intensamente hasta el momento actual. Pero, aunque mi conciencia me ha venido controlando, mis *actos*, mis *opiniones* han experimentado una revolución. Creo que se ha hecho demasiado trabajo en el mundo, que la creencia de que el trabajo es una virtud ha causado mucho daño y que los países industriales modernos necesitan predicar algo completamente distinto de lo que siempre se ha predicado"⁵¹. Russell subraya un punto que nosotros hemos mencionado anteriormente y que es necesario resaltar aquí: la urgencia de una transmutación de valores desde la que se justifique el ocio como algo digno frente a la mística del laborismo de épocas pasadas. Sin esta justificación y este elogio sería imposible concienciar al hombre de hoy en los aspectos positivos que implica una recta utilización del tiempo libre. El ocio aparece, pues, en el horizonte de una nueva realidad social como una risueña promesa. Como sigue diciendo Russell⁵², "el ocio es esencial para la civilización y en tiempos pasados el ocio de unos pocos sólo era posible gracias al trabajo de los más. Pero el trabajo de éstos era estimable no porque el trabajo sea bueno, sino porque el ocio es bueno. Y con la técnica moderna sería posible distribuir justamente el ocio sin menoscabo de la civilización".

Para el sociólogo, la moral es el aspecto "tipo" de un sistema de valores, el cual constituye la definición fundamental de una cultura⁵³. Si se prefiere, la moral representa el conjunto de medios psicológicos e institucionales por medio de los cuales se asegura que los comportamientos que se consideran necesarios sean conformados a una cultura determinada; es decir, que se conformen a toda cultura de "tipos" sintetizados en un tipo de hombre ideal según su grado de integración y coherencia. Según esto, J. Fourastié nos ha hecho ver que nuestra sociedad, cuya evolución es excepcionalmente rápida, no ha alcanzado en su dispersión de sus medios socio-culturales el grado de integración y de coherencia suficiente para producir el tipo que exprese sus valores⁵⁴. El tipo ideal del siglo XX no se vislumbra todavía entre las celebridades de la ciencia, del cine o de la televisión; entre los héroes deportivos o los cosmonautas; entre los "supermen" de los comics o de la ciencia ficción. Por el contrario, hemos constatado el fenómeno de la desmitificación por el que la cultura de masas destruye a sus anteriores ídolos. ¿Podría des-

⁵¹ *Elogio de la ociosidad*, incluido en *Humanismo socialista* de FROMM y otros, p. 269.

⁵² *Ibid.*, p. 273.

⁵³ *Moral del trabajo, Moral del ocio: un nuevo tipo humano en perspectiva*, en *La civilización del ocio*, p. 14.

⁵⁴ J. FOURASTIÉ: *Les 40.000 heures*, p. 179 y ss.

prenderse un nuevo tipo humano de una sociedad específica del ocio?

El mismo ocio y la sociedad que caracteriza su desarrollo implican unos aspectos normativos, es decir, una moral. Que el juicio sea positivo o negativo resulta algo accidental, aunque la cultura de todo momento histórico ha subrayado la importancia de disponer de tiempo libre. La forma de utilizar el ocio es primordial para formar un juicio del valor de un individuo. Incluso en la "fun morality" preconizada por M. Wolfenstein⁵⁵ se aprecia la forma común de menospreciar a los que están alienados por cualquier vicio que les domina: "el jugador", "el bebedor", "el drogadicto". Estos hombres no se pertenecen en absoluto, son el juguete de un cierto tipo de deseos. En todo momento, el comedimiento en la respuesta a las necesidades ha sido el signo de una moralidad superior, porque implica el dominio de sí mismo. De esta forma, Norman Lebesque llega a definir la cultura del modo siguiente: "No vociferar, no leer periódicos envilecedores, no tomar una palabra por otra, esto es ya propio de la cultura. La cultura es primeramente un *contra*: contra la vulgaridad, el qué dirán, los mecanismos del pensamiento y de la palabra, la sujeción al rebaño"⁵⁶.

¿Cuál es, entonces, el ideal "deseable" que está al mismo tiempo en armonía con el contexto de nuestra cultura? Este "tipo modélico" parece estar fundado sobre los valores que Janne ha expuesto⁵⁷:

— *El valor técnico*: El hombre "ideal" trata de llegar con sus estudios lo más lejos posible, hasta el límite de sus posibilidades; con lo que permite, por su parte, progresar a la sociedad. Legítimamente desempeña también su papel en la movilidad social que debe llevar a los hombres a ocupar "su sitio". Después de sus estudios, "el hombre ideal" prosigue su perfeccionamiento técnico con una "educación permanente". El valor técnico unido al valor del conocimiento implica la idea optimista pero verdadera en el contexto moral apropiado de que "usted es capaz de más".

— *Los valores "primarios"*: es decir, las formas de relaciones que obligan verdaderamente a las personas y que postulan su conocimiento recíproco y el interés afectivo e intelectual, real, respecto a los compañeros. El hombre ideal concede, pues, una importancia primordial a formar una pareja auténtica sin omitir el aspecto sexual de ésta. La amistad constituye otra relación que tiene tendencia a desvanecerse en la camaradería, su

⁵⁵ Recordemos el aforismo de Schopenhauer: *Tanto vale el hombre, tanto vale el ocio.*

⁵⁶ Véase Janus, 7, 1965: *La revolución del ocio*, p. 28.

⁵⁷ *Ibid.*, nota 53, p. 44 y ss.

forma superficial. El espíritu de equipo es indispensable para la vitalización de las actividades profesionales, institucionales o deportivas.

— *Los valores de participación*: expresan una tendencia activa en las relaciones sociales y rechazan la pasividad receptiva. Esta es importante en política y condiciona la práctica de la democracia⁵⁸. En una época en la que la seguridad está, justamente, considerada como un valor primordial, es conveniente, sin embargo, proveerse de “sustitutos” del riesgo. Es en los valores de participación y en las obligaciones personales que implican, donde esta compensación debe encontrarse. Así, por ejemplo, si el cine aportara una participación crítica (como sucede en los mejores cine-clubs), el espectador se convertiría de pasivo en activo y, por tanto, resistente a cualquier manipulación.

— *Los valores del cuerpo*: el respeto del mismo por la búsqueda de la salud y los ejercicios físicos.

— *Los valores de autonomía espiritual*: es decir, el desarrollo del espíritu crítico y del “libre examen”, factores necesarios para la resistencia al condicionamiento social e indispensables para la adquisición de conocimientos válidos. La autonomía espiritual implica la aceptación sin reticencia del pluralismo de concepciones en todas las materias. El pluralismo y el espíritu crítico hacen menos poderosas las ideas convencionales que, sin estos dos factores, crean por sí mismas un clima de incubación psíquica. Las ideas convencionales son solamente peligrosas porque “no corresponden al mundo que ellas están reputadas de interpretar, sino a la opinión que el público se hace de este mundo”⁵⁹. Los sondeos de la opinión pública ya no serían un remedio porque refuerzan el conformismo. El peligro es el universo de Kafka o la sombra del dinosaurio de Koestler, el sonambulismo social en el cuadro de una vasta organización burocrática que aplique con precisión las “reglas” hasta el absurdo.

— *Los valores de afirmación personal*: en el ocio, ya se trate de pensamientos, de estudios, de juego, de deportes, de arte o de artesanía.

Todos estos valores constituyen poderosos antidotos⁶⁰: “los valores técnicos de la pasividad cultural y del condicionamiento fácil; los valores ‘primarios’ de la extensión de las relaciones ‘secundarias’ en el gran público, con su anonimato y sus caracteres superficiales; los valores de participación del sonambulismo social y de la acción funcionalmente pasiva; los valores del

⁵⁸ Véase J. ELLUL: *L'illusion politique*. Paris, Laffont, 1965.

⁵⁹ GALBRAITH: *Travail, loisir et nouvelle classe en L'ère de l'opulence*. Calmann-Lévy, Paris, 1961, p. 20.

⁶⁰ Lugar citado, p. 20.

cuerpo de la ausencia del esfuerzo físico real en nuestra sociedad y de la atrofia que resulta; los valores de autonomía espiritual de las presiones sociales consecuentes de la homogeneidad de los modos de vida y de los efectos de la propaganda, así como de la publicidad; los valores de afirmación personal de la tendencia al conformismo más o menos consciente de nuestro mundo actual”.

Nuestra sociedad de orientación materialista muestra una clara tendencia hedonista. Anteriormente, la moral estaba basada en el trabajo y se desaprobaba la ociosidad. Hoy en día, las naciones supercivilizadas se interesan mucho menos por el programa del trabajo y un partido político cuya propaganda electoral lo exaltase mucho correría el riesgo de salir empobrecido de la lucha. En nuestra dinámica sociedad, donde el consumo tiene prioridad sobre la producción, el goce de la vida ocupa un lugar fundamental. Como afirma Uytterhoeven⁶¹, “se muestra y se juzga frecuentemente al hombre desocupado más que al hombre trabajando. La publicidad presente cada vez más a las gentes en un decorado de ocio o dispuesta a salir de viaje o de vacaciones: al volante de un coche, bajo las alas de un avión, sobre los andenes de las estaciones o haciendo deporte. El “*homo ludens*” ha sucedido al “*homo faber*”. Ya descansemos o nos vayamos de vacaciones, nuestra conciencia no está roída por un profundo sentimiento de culpabilidad, la pereza ya no es “la madre de todos los vicios” y los sociólogos no dudan en hablar de una “sociedad de ocio” y de una “moral de la diversión”, de una moral del placer. El ocio es la gran evasión”.

3) ¿MORAL DEL OCIO?

Es indudable que los moralistas han tenido sus dudas a la hora de calificar éticamente el ocio. La ociosidad ha parecido en muchas ocasiones un terreno propicio para el libertinaje, el relajamiento o, cuando menos, para la disipación. No faltan los autores que consideran que entre el ocio y la moralidad existe una radical antinomia y exponen sus temores de que una extensión del tiempo libre provoque una difusión proporcionada de inmoralidad, de desmoralización. Otros piensan que sólo es posible el progreso moral en los individuos, pero que el “hombre colectivo” conserva, a través de los siglos, las mismas virtudes y las mismas taras sociales, que las grandes religiones y las grandes morales no se han modificado apenas. Si esto es cierto, no sólo no se podría hablar de progreso moral, sino tampoco de decadencia de las costumbres⁶².

⁶¹ ¿Es la expansión económica una condición necesaria para la civilización del ocio?, en *La civilización del ocio*, p. 140.

⁶² Aunque no existen estudios experimentales que midan la evolución de las

Tanto el progreso moral como la decadencia de las costumbres son, sin embargo, hechos que la historia universal constata. Algunos psicólogos sociales abogan por interpretar el proceso moral en función del diferente énfasis que las distintas culturas y épocas históricas colocan en unos valores o en otros partiendo siempre de unos principios generales y universales. El progreso moral ha sido claramente expuesto por Jean Laloup en sus rasgos y caracteres más generales: "Cuando en un medio y en un tiempo preciso, en un número suficiente de individuos y hasta en la manera de pensar de la *élite*, los hombres adquieren o encuentran una nueva sensibilidad frente a la dignidad humana; cuando reconocen al hombre nuevos derechos; cuando se imponen a ellos mismos y a la sociedad nuevos deberes respecto a la persona humana; cuando orientan las reformas políticas y sociales hacia el reconocimiento público de estos nuevos deberes y derechos, ¿no se puede hablar realmente de progreso moral? Ciertamente, los actos no serán modificados al instante; pero si las relaciones permanecen como estaban, nacerá una inquietud, quizá un remordimiento, una insatisfacción, índices irrefutables de un nuevo modo más fino, más refinado de concebir la dignidad humana"⁶³. Aplicando estas ideas al ocio, habremos de admitir que posiblemente en épocas pretéritas no se vislumbraron totalmente sus múltiples posibilidades, su sentido. Positivamente podemos afirmar con Laloup⁶⁴ que "el ocio es, por su misma esencia, moral: favorece en el hombre, de una parte, su potencialidad activa y, por otra, su libertad". El ocio entraña, pues, los peligros implícitos en la libertad y en la actividad; en el mal uso de ambas, en la posibilidad de caer en la pereza y en el libertinaje. Pero ello no nos da pie para condenar moralmente el ocio en sí ni tampoco para minusvalorarlo frente al trabajo. El ocio tiende hoy a unir la idea de hombre con la de dignidad humana, como un valor útil indispensable. Como nuestros predecesores lo hicieron con el trabajo, como nosotros lo hacemos con la enseñanza, percibimos cada vez con mayor claridad que no se puede ser un hombre verdadero y completo sin una cierta dosis de ocio, sin una cierta cualidad de ese ocio; nos sorprendemos compadeciendo a aquellos a quienes su trabajo excesivo o su miseria les impide todo ocio; comenzamos a pedir al Estado, a la sociedad, a los grupos privados, una organización suficiente de ocio; en la medida de nuestras capacidades, y también muchas veces más allá de nuestras capacidades, no concebimos nuestra existencia sin amplias horas de actividades libremente elegidas y dirigidas; poco a poco exhu-

opiniones morales de un grupo puede consultarse la información que da D. WRIGHT, en Ob. cit. pp. 175-181.

⁶³ *La civilización del ocio, ¿progreso moral o decadencia de las costumbres?* en *La civilización del ocio*, pp. 51-52.

⁶⁴ *Ibid.*, p. 54.

mamos al ocio de la esfera del reposo y de la semiconsciencia en la que las anteriores generaciones lo habían enterrado, y comprendemos que esconde valores que no podemos alcanzar ni por el reposo ni por el trabajo. En fin, “¿exageraríamos si pensáramos que el ocio se integra hoy al derecho natural, por una parte, como un valor obligatorio que requiere seriedad, gravedad, reflexión y existencia, y, por otra, como un derecho que es objeto de reivindicaciones y de luchas?”⁶⁵.

Nos hallamos sin duda a las puertas de una época que ha de resolver en la teoría y en la práctica el problema moral del equilibrio y de la participación de los hombres en las funciones culturales, sociales, recreativas del tiempo libre, que se afirma hoy no sólo como una atractiva posibilidad, sino como un valor de las masas⁶⁶. Si pudo llamarse al siglo pasado el siglo del trabajo, nuestro siglo merecerá quizá el nombre de siglo del descanso. El tiempo libre, afirma Dumazedier⁶⁷, “es el espacio privilegiado de todas las formas de decadencia o de esplendor humanos”. Partiendo, pues, de esta esencial ambigüedad, el tiempo libre nos aparece como un valor y como una evasión. Pero en cualquiera de los dos casos, el ocio, tal como se afirma hoy día, es la negación de una moral utilitaria antigua que podía estar en vigor en una civilización dominada por el temor, la incultura y la minoría de edad política de los individuos. El juicio moral que hayamos de dar sobre el ocio ha de fundarse en una ética que sepa integrar dinámicamente el progreso técnico de la conciencia humana tal como se manifiesta hoy a través del progreso técnico y de la cultura. El contenido objetivo de esta nueva conciencia humana frente al ocio ha sido y es continuamente detectado por las ciencias sociales. Esta “autonomía de los distintos órdenes de la realidad”⁶⁸ ha de ser aceptada honestamente por el pensador que intente desbrozar un camino y emitir un juicio moral sobre la nueva realidad que vivimos. Sólo así se evitará el peligro señalado por Rahner de ofrecer sólo principios abstractos olvidando lo más importante: concretarlos en imperativos que penetren la misma realidad y transformen la vida del individuo⁶⁹. Este deseo de objetividad marca profundamente todos los aspectos y las relaciones humanas de nuestro tiempo⁷⁰.

⁶⁵ *Ibid.*, p. 56.

⁶⁶ A partir de 1930 la tradicional “class leisure” se ha transformado en la nueva “mass leisure”. Véase en este sentido “Mass Leisure”, ed. por Larrabee y Meyersohn.

⁶⁷ DUMAZEDIER: *¿Hacia una civilización del ocio?*, p. 272.

⁶⁸ SCHOLLGEN: *Ética concreta*, p. 31.

⁶⁹ K. RAHNER: *Lo dinámico en la Iglesia*. Herder, Barcelona, 1963. “Cuando aquí se habla de imperativos no se trata, desde luego, de proposiciones como ésta: “Paco, tráeme las zapatillas”, sino de proposiciones de trascendencia moral que se dirigen a la conciencia y al poder históricamente creador del individuo, de un pueblo o de una época”, p. 16.

⁷⁰ Véase de H. COLLINS: *The sedentary society*, publicado en *Mass Leisure*.

La filosofía del pasado siglo nos ha descubierto al hombre profundamente marcado en sus coordenadas existenciales por la historicidad. El pluralismo cultural y sociológico forma parte de la individualización humana. De ahí resultan normativas diferentes que corresponden a las diversas situaciones vitales en que se desenvuelven las distintas civilizaciones. La moral sólo cumplirá su labor normativa humana si, en lugar de imponer unos principios abstractos a una realidad nueva, se esfuerza antes sinceramente por captar e integrar los nuevos matices con que se ha enriquecido la naturaleza humana en su devenir histórico. El propio Santo Tomás había señalado ya esta mutabilidad o perfectibilidad de la naturaleza humana en su devenir histórico⁷¹.

El ocio como evasión nos plantea el más serio problema ético actual del hombre: la huida de su mismidad responsable hacia una cómoda e imprecisa masificación. Entonces, el hombre abandona su personal e intransferible unicidad para perderse en el anonimato. Esta huida a lo general, a lo masivo, supone la evasión de toda convicción propia y de toda decisión personal que compromete al individuo y hace que tome partido por el riesgo que le responsabiliza de sus actos. En este sentido, Pascal nos habla del *divertissement*, de esa evasión ante la vida sentida como problema: "La única cosa que nos consuela de nuestras miserias es la diversión. Y, sin embargo, es la más grande de nuestras miserias, pues nos impide pensar en nosotros mismos y hace que nos perdamos insensiblemente. Sin ella caeríamos en el aburrimiento y este aburrimiento nos impulsaría a buscar un medio más sólido para salir de él, pero la diversión nos distrae y nos hace llegar insensiblemente a la muerte"⁷². Pascal entiende por "divertissement" la solución de emergencia de quien se siente incapaz de responder a los problemas que interiormente le acosan. La desgracia humana nace de "no saber permanecer en reposo en una habitación... porque no resulta un placer estar a solas con uno mismo"⁷³. Se ha querido contraponer este pensamiento de Pascual a las ideas de Montaigne que ve en la evasión una necesidad universal humana y subraya la función psi-

⁷¹ Por ejemplo, en "De malo", 2, 4, ad 3. Por lo demás, Santo Tomás dejó bien establecida la diferencia entre los "preceptos primarios" morales no dispensables, pues sirven para alcanzar el fin sobrenatural del hombre, y los "preceptos secundarios", dispensables, ya que únicamente sirven para alcanzar mejor el fin del hombre. Y aun entre los "preceptos primarios", Santo Tomás distingue los preceptos de la primera tabla que indican las relaciones de la creatura con su Creador y son absolutamente inmutables, de los preceptos de la segunda tabla que señalan las relaciones de las creaturas entre sí y son sobrenaturalmente dispensables, es decir, mudables. La mutabilidad radica, pues, en el mismo carácter intrínscito de la naturaleza y del derecho natural, aplicado a la radical historicidad del existencial humano del hombre.

⁷² Es interesante a este respecto la observación que hace Heidsieck en "Plaisir et tempérance". Press. Univ. Paris, 1962, pp. 18-19.

⁷³ B. PASCAL: *Pensées*, 205.

cológica y social de la diversión, tanto para la cultura popular como para la cultura de grupos. Pero si entendemos bien a Pascual, veremos que no va contra la diversión bien entendida, sino contra el engaño de los hombres al pretender buscar en los objetos de esta evasión lo que ha de hacerles verdaderamente felices. La evasión, pues, al privar al hombre de todo compromiso personal y de todo riesgo en su vida, vacía el contenido de su existencia como *tarea* y le hace desembocar en la *existencia inauténtica* de que nos habla Heidegger. La conciencia de ser y de valer del hombre queda reducida a un deseo insaciable de poseer, deseo que afecta, incluso, a sus formas de acción más elevadas, como ha subrayado E. Fromm en "El arte de amar". Entonces es cuando el tiempo libre se convierte en degradación⁷⁴. Porque, precisamente, esta evasión no le dejará liberarse de su sentimiento interno de insatisfacción propia que le llevó a la salida de sí mismo, y el descanso perderá su nivel cualitativo para reducirse a una incansable acumulación cuantitativa.

Las consecuencias morales de este ocio-evasión se nos han hecho hoy previsibles de una manera alarmante, dada la prodigiosa multiplicación de medios de placer y diversión que la técnica moderna pone al alcance de las masas. Ciertamente, las condiciones laborales y familiares en que viven todavía millones de hombres son la causa principal del ocio-evasión y, por consiguiente, la labor responsable de toda política social ha de ir dirigida ante todo a solucionar tales condicionamientos que impiden al hombre vivir su ocio como una actividad auténticamente libre y expresiva de su personalidad⁷⁵. Al no concebirse durante el pasado siglo el ocio más que como una clase de tiempo distinto que convenía restar lo menos cuantitativamente posible al tiempo de trabajo, se escapaba su más pleno valor. Esta división trabajo-descanso no trasciende el nivel económico y por ello no llega aún al nivel ético-humano. A nivel económico es imposible captar el verdadero sentido del ocio porque la economía y la producción carecen del sentido de la gratuidad⁷⁶. David Riesman ha expresado su opinión de que el trabajo actual difícilmente adquirirá sentido humano y verdadero humanismo, en tanto que el ocio es posible que sí⁷⁷. Ello supone, en primer lugar, que el tiempo liberado vaya poco a poco transformándose en tiempo libre donde el hombre pueda descubrirse a sí mismo como primera y principal posibilidad de realización. Tiempo libre

⁷⁴ *Ibid.*, 211 y 216.

⁷⁵ En su artículo sobre el tiempo libre de la clase rural, Marcel Maget nos dice: "Una actividad no es verdaderamente libre y expresiva de la personalidad más que cuando consigue verse libre del lastre de la restauración y del descanso (que la sitúa bajo la dependencia de otras actividades prioritarias) y de la evasión (según la cual el objeto se vuelve temporalmente condición agobiante o desacreditada sin poder, por tanto, liberarse de ella)", p. 932, "Esprit", 6, 1959.

⁷⁶ LARRABEE y MEYERSON: *Mass Leisure*, p. 204.

⁷⁷ Citado en *Ibid.*, p. 372.

que sea un clima favorable para la afirmación personal y el desarrollo de la libertad. "Quien dice ocio, afirma Friedmann⁷⁸, dice esencialmente elección, libertad. El ocio corresponde a disposiciones, gustos individuales, a un complejo de tendencias albergadas en el corazón mismo de la personalidad. Respetar la persona humana es también respetar su ocio e incluso, según el título de un célebre panfleto, su *derecho a la pereza*".

Con el entusiasmo y los errores de un joven apasionamiento, la era contemporánea se ha precipitado hacia el ocio. Todo el apasionamiento y el optimismo que profesamos respecto al fondo mismo del ocio no puede, sin embargo, impedir que consideremos con realismo la situación presente y, particularmente, ciertos aspectos muy aptos para comprometer los verdaderos beneficios del ocio, en el futuro. Tengamos en cuenta entre estos aspectos: la comercialización, la polarización psíquica, esto es, el no vivir más que con vistas al tiempo libre, la pasividad receptiva, el amoralismo difundido por los *mass media*, etc. Haciendo abstracción de los imponderables propios de las actividades humanas, teniendo en cuenta el papel de las autoridades en el futuro inmediato y extrapolando las modificaciones estructurales del esquema de las necesidades actuales, el 5.º Congreso Científico y Económico Flamenco, celebrado en Gante en 1960, ha confirmado que "tanto el pragmatismo como una curiosidad dinámica hacia el mundo reemplazan progresivamente las necesidades filosóficas y literarias anticuadas del conocimiento de un espíritu humano orientado sobre sí mismo. La divisa *conozca el mundo* elimina progresivamente la divisa *conócete a ti mismo*. La conclusión general es que los hombres continuarán buscando en sus ocios el reposo en el sentido literal. Querrán recrearse para reaccionar contra la fatiga que proviene de una tensión física o psíquica, con lo cual deberá evitarse cualquier esfuerzo. Frente a las ocupaciones más bien pasivas y compensatorias, se constata, por otra parte, un gusto por el desplazamiento que acarrea gastos de transporte más elevados y que da una importancia cada vez mayor al turismo internacional. Se tiene la impresión de que en el transcurso de los años próximos el ocio se caracterizará y manifestará siempre en función de la distracción. La función ética de la perfección personal no parece imponerse todavía. Parece que cada vez más, las gentes adquieren una concepción de la vida paralela a la del autor francés Marc Bernard quien escribió: "Yo soy el hombre de las vacaciones. Al stakhanovismo, a la fiebre de producción, al sometimiento y a la actividad, opongo mi convicción y mi filosofía, que pueden resumirse en una sola palabra: vacaciones."

⁷⁸ FRIEDMANN: *Le loisir et la civilisation du loisir*. Rev. Inter. des Sciences Sociales, 4, 1960, p. 562.

Con todo, el valor de este ocio radica precisamente en esta nueva posibilidad de apertura que le es ofrecida al hombre. Posibilidad que le ha sido negada en un trabajo esclavizador o en unas relaciones sociales superficiales y masificadas. De ahí nace el hecho constatado por los sociólogos: se afirma el derecho a la autonomía del ocio. Se quiere así evitar una concepción del tiempo libre como "negativo" del trabajo o complemento mecánico de éste. Pero esta afirmación de autonomía corre el peligro de separar el ocio del conjunto de actividades de la vida humana, con la consiguiente dicotomía de la persona. El ocio tiene cada vez más un fin en sí mismo y una vida propia. La realidad moral de la persona humana (este tener que decidir su propia existencia en libertad) es algo constitutivo de la misma situación y papel del hombre ante su medio físico y social.

El sentido de realización de la personalidad en el tiempo está condicionado sin duda por la sensibilidad colectiva de la conciencia humana y ha variado a lo largo de su historia⁷⁹. Como ya se ha dicho, el siglo XIX fue el creador del mito del trabajo que era estimado como la suprema realidad de la persona. Hoy es un hecho evidente que asistimos a una conciencia nueva de la realización humana, después que la humanidad ha sentido la esclavitud del trabajo mecánico planificado y racionalizado hasta sus últimos detalles. Así el "homo faber" ha pasado de creador a esclavo de sus propios inventos, como denuncia Fromm en su concepto de "idolatría". El hombre ya no se realiza hoy en el trabajo industrial como se realizaba antes en el trabajo que seguía el ritmo más humano de la naturaleza o del pequeño taller artesano. De esta conciencia colectiva de frustración, ha surgido la nueva conciencia del hombre actual frente a la posibilidad del tiempo libre⁸⁰. El "homo ludens" se anuncia como el prototipo de nuestra civilización del futuro.

El hombre actual tiene conciencia de las posibilidades de realización que le descubre el ocio. Su campo de "ferencias" y de "pre-ferencias" va dirigido hacia la diversión, el placer, el descanso, reservando sólo la capacidad indispensable para cumplir en su trabajo, y aún éste se exige cada vez más que se humanice y recobre el interés creador que la persona necesita encontrar para realizarse. El "ajustamiento" con la realidad nos viene hoy dado con la mayor o menor participación en las actividades libres del ocio. El "hacerse bueno" se ha transformado

⁷⁹ La sociología y la antropología actuales hacen hincapié en la imposibilidad de estudiar y comprender la dinámica de un grupo social sin hacer referencia a los valores comunes, si bien separan éstos de una esfera ideal "platónica" y los explican según los intereses a que responden (Ralph Barton Perry), según las necesidades que expresan (Bronislaw Malinowski) o según las instituciones que los realizan y protegen (Stuart Carter Dodd).

⁸⁰ En este punto están de acuerdo sociólogos tanto del bloque occidental como del oriental.

así en “hacerse feliz”, pues la participación en el ocio la sentimos hoy como una obligación y el hombre que no puede aún participar o no sabe emplear su tiempo libre es considerado como una persona incompleta o retrasada. “El ocio constituye —afirma Dumazedier⁸¹— un desafío, bajo formas múltiples, a todas las morales utilitarias, a todas las filosofías comunitarias, tabús, etc., que se han heredado de una civilización tradicional dominada por la miseria, el miedo, la ignorancia y los ritos imperiosos del grupo. Las obliga a reconsiderar la aplicación de sus principios. Hace ciento cincuenta años se decía: ‘la felicidad es una nueva idea en Europa’, y hoy podría repetirse la misma afirmación”. La búsqueda de una nueva alegría de vivir, un nuevo “furor de vivir”, no sólo es la de una nueva ola, sino también la de una nueva civilización. Está profundamente arraigada en las conquistas de la era del maquinismo, aunque se opone a todas las presiones físicas o morales nacidas de aquélla. Las actividades de ocio son su terreno privilegiado de realización y los valores de aquél una de sus más difundidas integrantes, a la par que una de las más seductoras. Como afirma Dumazedier⁸², “se ha iniciado una mutación humanística, que quizá será más esencial que la del Renacimiento”.

Una nueva cultura y una nueva moralidad desembocan en un nuevo humanismo: el del ocio. El ocio favorece la actividad libre y la reflexión. La vida de hoy impone al hombre un estar volcado fuera de sí. Pero para conseguir un equilibrio existencial, el hombre debe armonizar todas sus funciones. Especialmente habrá de fomentarse la *autorreflexión*. Sólo a través de ella adquirirá el hombre el sentido de sí mismo. Como indica Lambilliotte: “Es, por tanto, a través de una cultura de fondo, de un descubrimiento de lo que hay de más personal y a la vez de más universal en cada uno de nosotros, donde podemos, ante todo, asegurar un arraigamiento real del hombre y, desde luego, el mayor número de oportunidades de dominar las creaciones de su genio”.

Resultado de este humanismo más integral, que busca el desarrollo armónico del hombre, será un *nuevo tipo humano*, que podemos caracterizar con Dumazedier⁸³ como:

a) Un nuevo *homo faber*: el ocio desarrolla en el hombre el trabajo manual, no profesional, desinteresado. “Por su valor creador puede equilibrar las tareas parciales y monótonas de la vida industrial y administrativa”.

b) Un nuevo *homo ludens*: el ocio impulsa al juego, que no es ya, como Freud pensaba, signo del mundo infantil, sino

⁸¹ DUMAZEDIER: *¿Hacia una civilización del ocio?*, p. 272.

⁸² *Ibid.*, p. 274.

⁸³ *Realidades del ocio e ideologías*, en *Ocio y sociedad de clases*, pp. 25-42.

exigencia de la cultura vivida.

c) Un nuevo *hombre imaginario*: en la cultura vivida del ocio, lo imaginativo tiene un puesto mayor que en la cultura escolar. La mayoría de las ideologías vigentes son demasiado racionalistas. Hay que devolver al hombre lo imaginario, procurando, eso sí, que la imaginación no le sirva para evadirse de los problemas cotidianos.

d) Un nuevo *homo sapiens*: el tiempo del ocio es tiempo de información desinteresada mediante la televisión, la radio, el periódico y la educación permanente.

e) Un nuevo *homo socius*: El ocio ha contribuido a nuevas formas de socialización, posibilitando al hombre el establecimiento de relaciones primarias contra las secundarias, anónimas e impersonales, que la sociedad le impone.

Sin duda, es utópico soñar en la reconciliación total del trabajo y del ocio en una sola actividad creadora. Pero desde ahora es posible avanzar en esta dirección actuando sobre la naturaleza y la duración del trabajo y sobre el estatuto del trabajador. Pero ocurra lo que ocurra con la naturaleza y duración del trabajo, las consecuencias del ocio tienen una estrecha relación con la forma en que éste sea personalmente vivido. Una misma conclusión se deduce de las observaciones realizadas en medios diferentes por Michel Crozier y Alain Touraine: es preciso abandonar una valoración globalmente negativa de la acción de los *mass media*. A menudo ofrecen el medio de una promoción intelectual y social; por otra parte, la forma en que se usan depende esencialmente del nivel cultural de cada uno. Según la formación propia, el poder de elección tanto podrá ahogarse en las técnicas modernas de diversión como servirse de ellas para alcanzar un mejor conocimiento del mundo y de sí mismo. El ocio exige una educación previa y encamina hacia una educación permanente. En este reino de la libertad cuyas puertas abre, no importa quién tendrá acceso ni cómo. Sus consecuencias serían terribles si debiera continuar creciendo sin que crezca paralelamente el esfuerzo de la sociedad, de la familia y de cada uno para formar hombres capaces de resistir y de asimilar. Aquí es, antes que en ningún otro sitio, donde se juega la suerte de la sociedad del futuro, donde se decide su calidad humana.

BIBLIOGRAFIA SUMARIA

- ADORNO, TH., y HORKHEIMER, M.: *Sociológica*. Taurus, Madrid, 1966.
- AHTIK, V.: *Plantificación social de las actividades del ocio*, en "La civilización del ocio", p. 185. Guadarrama, Madrid, 1966.
- ANDERSON, J. M.: *Industrial Recreation; a guide to its Organization and Administration*. Mc Graw-Hill, N. York, 1955.
- ANDERSON, N.: *Work and Leisure*. Routledge & Kegan Paul, Londres, 1962.
- *Our industrial urban civilization*. Asia Publishing House, Londres, 1964.
- ARENTS, P.: *Loisirs et education permanente*, en "Esprit", 6, 1959, pp. 1085-1092.
- ARMAND, L., y DRANCOURT, M.: *Una sociedad en movimiento*. Cid, Madrid, 1965.
- ARVON, H.: *La filosofía del trabajo*. Taurus, Madrid, 1965.
- BERGER, G.: *Etapes de la prospective*. Press. Univ. de France, Paris, 1967.
- BOYD, W.: *The challenge of leisure*. New Education Fellowship, Londres, 1946.
- BRIGHTBILL, C. K.: *Challenge of Leisure*. Prentice Hall, Englewood Cliffs, 1963.
- *Man and Leisure, a philosophy of recreation*. Prentice Hall, N. York, 1961.
- BURNS, C. D.: *Leisure in the modern world*. Allen and Unwin, Londres, 1945.
- BUTLER, G. D.: *Introduction to Community recreation*. Mc Graw-Hill, N. York, 1959.
- CAILLOIS, R.: *Teoría de los juegos*. Seix Barral, Barcelona, 1958.
- CAMPANELLA, T.: *La ciudad del sol*. Aguilar, B. Aires, 1954.
- CUTTEN, G. B.: *The treatise of Leisure*. Yale University Press, New Haven, 1964.
- DAVIS, D. M.: *¿Epoca comunitaria o era del individualismo?*, en "La civilización del ocio", p. 67. Guadarrama, Madrid, 1968.
- DIAZ, C.: *Aburrimiento y sociedad*. Zero, Madrid, 1970.
- DORFFLES, G.: *Símbolo, comunicación y consumo*. Lumen, Barcelona, 1968.
- DUMAZEDIER, J.: *El hombre y el ocio en 1985*, en "La civilización del ocio", p. 243. Guadarrama, Madrid, 1968.
- *¿Hacia una civilización del ocio?* Estela, Barcelona, 1968.
- y otros: *Ocio y sociedad de clases*. Fontanella, Barcelona, 1971.
- DURAND, H.: *The problem of leisure*. Routledge and Kegan Paul, Londres, 1956.
- FOURASTIE, J.: *La moral prospectiva*. Cid, Madrid, 1968.
- FREYER, H.: *La época industrial*. Inst. de Estudios Políticos, Madrid, 1961.
- FRIEDMANN, G.: *Le travail en miettes*. Gallimard, Paris, 1964.
- *¿A dónde va el trabajo humano?* Sudamericana, B. Aires, 1961.
- *Problemas humanos del maquinismo industrial*. Sudamericana, B. Aires, 1956.
- *Tratado de Sociología del Trabajo*. 2 vols. F. C. E. México, 1963.
- FROMM, E.: *Y seréis como dioses*. Paidós, B. Aires, 1967.
- *Psicoanálisis de la sociedad contemporánea*. F. C. E. México, 1964.
- *El miedo a la libertad*. Paidós, B. Aires, 1967.
- GALBRAITH, J. K.: *L'ère de l'opulence*. Calmann-Lévy, Paris, 1961.
- *El nuevo estado industrial*. Ariel, Barcelona, 1968.
- GONZALEZ SEARA, L.: *Opinión pública y comunicación de masas*. Ariel, Barcelona, 1968.
- GRAZIA, S. DE: *Tiempo, trabajo y ocio*. Tecnos, Madrid, 1968.

- GRYPDONCK, M.: *Resumen histórico de la utilización del ocio*, en *La civilización del ocio*. Guadarrama, Madrid, 1968.
- GUERRAND, R. H.: *Le droit à la paresse*. Revue de l'Action Populaire, 155, 1962, páginas 133-144.
- HICTER, M.: *Una civilización de la libertad*, en *La civilización del ocio*, p. 107. Guadarrama, Madrid, 1968.
- HOFFNER, J.: *La ética del tiempo libre*. Orbis Catholicus, 10, 1959, pp. 285-296.
- HOUDIN, G.: *Une civilisation des loisirs*. Calmann-Lévy, París, 1961.
- HUIZINGA, J.: *Homo ludens*. Routledge and Kegan Paul, Londres, 1949.
- JAEGER, W.: *Paideia*. F.C.E. México, 1957.
- JANNE, H.: *Moral de trabajo y moral de ocio: un nuevo tipo humano en perspectiva*, en *La civilización del ocio*. Guadarrama, Madrid, 1968.
- KAES, R.: *Une conquête ouvrière*, *Esprit*, 6, 1959, pp. 900-912.
- KAPLAN, M.: *Leisure in America*. Wiley, N. York, 1960.
- KING-HALL, S.: *La libertad personal en una sociedad opulenta*, en *Humanismos socialistas*, de Fromm y otros. Paidós, B. Aires, 1968.
- KOSIK, LEONTIEV y LURIA: *El hombre nuevo*. Ed. Martínez Roca, Barcelona, 1969.
- LAIN ENTRALGO, P.: *Ocio y trabajo*. Revista de Occidente, Madrid, 1960.
- LALOUF, J.: *Le temps du loisir*. Casterman, Tournai, 1962.
- *La civilización del ocio, ¿progreso moral o decadencia de las costumbres?*, en *La civilización del ocio*. Guadarrama, Madrid, 1968.
- LAMBILLIOTTE, M.: *Una función del ocio: desembocar en la universalidad de la cultura*, en *La civilización del ocio*. Guadarrama, Madrid, 1968.
- LARRABEE, E. y MEYERSON, F.: *Mass Leisure*. The Free Press, Glencoe, 1958.
- LAURENS, A DU: *Le loisir et les loisirs*. Fleurus, París, 1963.
- LECLERCQ, J., y PIEPER, J.: *De la vida serena*. Rialp, Madrid, 1953.
- MORIN, E.: *L'esprit du temps; essai sur la culture de masse*. Gresset, París, 1962.
- MARCUSE, H.: *Eros y civilización*. Seix Barral, Barcelona, 1969.
- *El nombre unidimensional*. Seix Barral, Barcelona, 1969.
- MECHELEN, F. VAN: *Ciento ochenta días de trabajo, ciento ochenta días de ocio*, en *La civilización del ocio*, p. 151, Guadarrama, Madrid, 1968.
- MERTON, R. K.: *Teoría y estructura sociales*. F.C.E. México, 1964.
- MILLER, N. P. y ROBINSON, D. M.: *The leisure age; its challenge to recreation*. Wadsworth, Belmont, 1963.
- MISSEN, L.R.: *The employment of leisure*. Wheaton, Londres, 1945.
- MORO, T.: *Utopía*. Espasa Calpe, Argentina, B. Aires, 1952.
- NASH, J.B.: *Recreation and leisure*. W.C. Brown, Dubuque, 1960.
- NEUMEYER, M.H. y NEUMEYER, E.S.: *Leisure and recreation*. Ronald Press, N. York, 1958.
- ORAISSON, M.: *Una moral para nuestro tiempo*. Estela, Barcelona, 1968.
- ORTEGA y GASSET, J.: *Meditación de la técnica*. Revista de Occidente, Madrid, 1968.
- PIEPER, J.: *El ocio y la vida intelectual*. Rialp, Madrid, 1962.
- RAHNER, K.: *Advertencias teológicas en torno al problema del tiempo libre*. Escritos de teología, t. IV, Taurus, Madrid, 1961.
- RIDEAU, E.: *Teología del ocio*. Nova Terra, Barcelona, 1964.
- RIESMAN, D.: *La muchedumbre solitaria*. Paidós, B. Aires, 1964.

- *¿Abundancia para qué?*. F.C.E. México, 1965.
- ROSZAK, TH.: *El nacimiento de una contracultura*. Kairós, B. Aires, 1970.
- RUBERT DE VENTOS, X.: *Moral y nueva cultura*. Alianza, Madrid, 1971.
- RUSSELL, B.: *Elogio de la ociosidad*, en *Humanismo socialista* de Fromm y otros. Paidós, B. Aires, 1968.
- SCHOLLGEN, W.: *Etica concreta*. Herder, Barcelona, 1964.
- SNOW, C.P.: *Las dos culturas y la revolución científica*. Sur, B. Aires, 1963.
- TOTTI, G.: *Sociología del tiempo libre*. M. Castellote, Madrid, 1972.
- TOURAINÉ, A.: *La sociedad post-industrial*. Ariel, Barcelona, 1969.
- TOYNBEE, A.J.: *Cambio y hábito*. Emecé, B. Aires, 1968.
- UNAMUNO, M. DE: *En defensa de la haraganería*. Ensayos, Aguilar, Madrid, 1942.
- VARIOS: *La civilización del ocio*. Guadarrama, Madrid, 1968.
- VEBLEN, TH.: *Teoría de la clase ociosa*. F.C.E. México. B. Aires, 1966.
- WEBER, E.: *El problema del tiempo libre: estudio antropológico y pedagógico*. Editora Nacional, Madrid, 1969.
- WOLFENSTEIN, M.: *The emergence of fun morality*, en *Journal of social issues*, 7, 1951.
- YOUNG, M.: *El triunfo de la meritocracia*. Tecnos, Madrid, 1964.

ENRIQUE LOPEZ CASTELLON